

## Tucídides:

### *Desastres de la Guerra*

Traducción, introducción y notas de Roberto Torretti

Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2020, 225 pp.

---

El profesor Roberto Torretti (RT) continúa la traducción y comentario de pasajes selectos de la obra de Tucídides, iniciada con *Por la Razón o la Fuerza*, sobre el Diálogo de los Melios (cf. recensión en *Limes* 28). Ahora nos entrega su versión de otros dos famosos textos tucidídeos, el de la Peste en Atenas y el de la Stasis en el Mundo Griego; y de un tercero algo menos famoso, la Matanza de Micalesos, pero que igualmente puede ser contado entre los muchos desastres de *esa* guerra. Precisamente el “título goyesco” de esta selección se debe al carácter terrible de “daño colateral” que presentan esos episodios, nos dice RT.

RT se ahorra las noticias generales sobre Tucídides, para las cuales remite al libro anterior ya citado. En esta ocasión se limita a las referencias al aparato crítico (texto, pasajes dudosos, corruptos y el muy probablemente espurio de 3.84), Por supuesto, señala sus criterios de traducción: ha renunciado –dice- a hacerlo de la manera más literal posible, que todavía era su intención en la obra anterior; compensa la falta de literalidad –si es que había que compensarla, acotamos- con notas aclaratorias, y ha procurado resistir la “tentación permanente de los traductores”, esto es, agregar en su texto información que no está en el original. RT ha optado por decir *polis* cuando se refiere a un Estado y “ciudad” cuando se trata de un centro urbano; *demos*, cuando se trata de la facción democrática al interior de los estados, y “pueblo” cuando se trata del conjunto de ciudadanos de una polis. Pero mantiene *oligoi* para la facción aristocrática, lo que puede sonar algo extraño a muchos lectores; ¿no hubiera sido mejor poner simplemente “los Pocos” (usado por algunos autores) o términos equivalentes? Asimismo, para  $\sigma\tau\acute{o}\sigma\iota\varsigma$

ha adoptado como neologismo “estasis”, si se habla de la lucha de facciones; si no, “facción”. Para los nombres griegos, conserva en general las formas acostumbradas en español y translitera del griego del modo habitual; usando en todo caso las reglas de la ortografía en nuestro idioma. Recordemos que, como en *Por la Razón o la Fuerza*, estamos frente a una edición bilingüe. Es, pues, como la anterior, una obra dirigida a especialistas, pero no únicamente; amigable con el lector profano, le recomienda incluso las notas (los comentarios) que le serán presumiblemente de mayor interés.

Algunas de las notas aclaran el sentido de las expresiones griegas y justifican la traducción del autor en cada caso. Otras notas son comentarios de cierta extensión, de carácter filológico o historiográfico. Frente a cada problema, RT hace una rápida revisión bibliográfica, resumiendo a veces un siglo de discusión, y avanza su propia opinión. Veamos algunos de los temas tratados.

Un punto, por ejemplo, es si Tucídides se propuso escribir algo así como un “manual” para estadistas y generales –a partir de su convicción de que hechos “similares” ocurrirán de nuevo en el futuro-, o si la utilidad de su historia es más “cognitiva” que “práctica”, como dice Ostwald. RT se hace cargo de la larga discusión que ha habido sobre si el historiador habla como un conocedor de los textos hipocráticos; y si aplica el mismo criterio “médico” al entendimiento de los fenómenos sociales. En relación con la peste aparece el concepto de *próphasis*, “causa” o “pretexto”, pero aquí “el fenómeno precedente..., que anuncia la enfermedad”, como dice RT siguiendo a Weidauer. Que en *próphasis* puede encontrarse esta ambivalencia (causa de una enfermedad o justificación de una conducta) se debe a que la palabra tiene dos etimologías distintas – propone RT, con algunos comentaristas en su apoyo-: de φημί (“decir”) y de φαίω (“iluminar, hacer que aparezca”), respectivamente.

El status de los hoplitas –obviamente, un tema relevante en la historia de una guerra, pero también un punto clave en nuestro entendimiento de qué era realmente la polis- ha llegado a ser materia de discusión. Mientras la “ortodoxia hoplita” ha visto en ellos labradores que cultivaban su propia tierra, una nueva proposición los tiene más bien por una clase acomodada. RT se inclina en definitiva por la tesis tradicional, remozada por Hanson: la *agrotopía*, la aspiración de los pequeños propietarios libres a modelar la sociedad a su imagen y semejanza, supone que, al menos potencial o tendencialmente, estos constituían la parte principal de fuerzas militares de cada ciudad. En lo que Atenas se refiere, agreguemos que esta interpretación se refuerza con un dato concreto: Pericles menciona trece mil hoplitas como fuerzas terrestres de la ciudad (2.13.6), sin contar los más jóvenes y los más viejos de los ciudadanos, que formaban, junto a los metecos, en el “ejército de reserva”. Dependiendo de la población cívica que asignemos a la Atenas del siglo V aC –45000 o hasta 60000 hombres (M.H. Hansen)-, esos soldados “de clase media” constituirían alrededor de un tercio de tal población, esto es, en cualquier caso un grupo *no demasiado* minoritario.

A propósito del pasaje de 3.82.1 (los dirigentes del *demos* llamaban en su ayuda a los atenienses, los *oligoi* a los espartanos), la cuestión es la “popularidad” del imperio ateniense, sostenida, notoriamente, por de Ste.Croix y M.I. Finley. Esto es, que la lucha de facciones al interior de cada ciudad griega se doblaba en una lucha de clases internacional; o, puesto de otro modo, si Atenas contó siempre con la simpatía de las mayorías en cada ciudad griega (porque Atenas “exportaba” su propia democracia), mientras la posición “antiimperialista” (dando por supuesto que se trataba del imperialismo ateniense) era la de las oligarquías. Con seguridad hay que relativizar la observación de Tucídides en 2.8.4-5, que la mayoría de los griegos temía el imperio ateniense o quería liberarse de él; en todo caso, eso habría dejado de ser verdad a partir de la *stasis* de Corcira, subraya RT. Parece una conclusión prudente la de R. Brock, en cuanto a que Atenas no promovió consistentemente la democracia ni mantuvo un compromiso ideológico constante con los demócratas de cada ciudad griega. Y quizás –comenta RT– la última palabra sobre el asunto la tuvo Frínico (las ciudades preferían ser libres, antes que sometidas con oligarquía o con democracia; 8.48.5). Este oligarca entendía que la solidaridad de clase (fuera por el lado del *demos* o por el de los *oligoi*) no sería suficiente para mantener a las ciudades atadas al imperio ateniense.

Una palabra con una muy larga historia es, evidentemente, *physis*. En Tucídides, se trata de la φύσις ἀνθρώπων o de τὸ ἀνθρώπειον / τὸ ἀνθρώπινον, “naturaleza de los hombres” o “lo humano”. ¿Difieren en significado estas expresiones? Para RT, son intercambiables; la diferencia verbal es solo una variación estilística. En particular, desecha la sofisticada definición de τὸ ἀνθρώπινον por M. Cogan (una errata se ha deslizado en la asignación de la expresión a 1.23.6). Por el contrario, otros pasajes confirman la equivalencia de las fórmulas: definitivamente –dice el traductor– 5.105.2 (en pleno Diálogo de los Melios) y 1.76.3 (la justificación de los propios atenienses en Esparta), en los que la necesidad de imperar doquiera sea posible es atribuida indistintamente a τὸ ἀνθρώπειον o a φύσις ἀνθρώπων. La “naturaleza humana”, por otra parte, no consiste solo en los factores irracionales –destacados por Tucídides en más de un pasaje–, sino también la capacidad de juicio y reflexión, la γνώμη. Y finalmente, nos dice RT, no habría que entender esta naturaleza como una “esencia”, al modo platónico o aristotélico: “me parece preferible ver a Tucídides, al modo de Nietzsche, como un pensador griego que todavía pudo sustraerse al extravío intelectual que Sócrates inició”. Esta naturaleza, pues, no sería una disposición esencial a todos los seres humanos ni una legalidad; no predetermina todas las situaciones, sino que se manifiesta según lo probable, lo εἰκόσ. De encontrarle un parangón entre las ciencias modernas –agrega el comentarista–, no sería entre los conceptos teóricos de la física, sino en la estadística. Así, RT encuentra apropiado verter una expresión como κατὰ τὸ ἀνθρώπινον (1.22.4) por “in all human probability” (Smith, en la edición

Loeb), antes que “de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana” u otras semejantes.

El racionalista Tucídides no ha hecho buen papel cuando pone catástrofes naturales y eclipses junto a la guerra, conflictos políticos y matanzas (1.23.3-4 y 3.87.4). ¿Era, después de todo, tan ingenuo como sus contemporáneos, o simplemente quería indicar los factores que causaron pérdidas de vidas, sin establecer una correlación entre ellos? Por lo menos, observa RT, cuando habla del tsunami que afectó a Eubea (3.89.5), “se expresa como un naturalista impecable”. Sin embargo, en otro pasaje da la impresión de que nuestro comentarista atribuye a Tucídides el compartir la creencia general en el origen divino de la peste: “era evidente que Apolo ayudaba a los espartanos en la guerra” (p. 106, a 2.54.4). Huelga decir que Tucídides no es nada explícito para algo semejante; al contrario, se permite el escepticismo acerca de los versos proféticos sobre la peste (2.54.3). No por nada lo consideraban en la Antigüedad “ligeramente ateo”.

Ἄ νάγκη, “necesidad”, y βίαιος διδάσκαλος, el “maestro violento” que es *pólemos*, tienen, por supuesto, su lugar entre los comentarios. Finalizamos nuestra revisión con el conocido pasaje de 3.82.4: “cambiaron incluso el significado normal de las palabras en relación con los hechos, para adecuarlas a su interpretación de los mismos” (trad. de Torres, en Gredos). RT propone: “en el enjuiciamiento de los actos, intercambiaron la acostumbrada valoración inherente a los nombres con que se referían a ellos”. Pues, nos recuerda, ἀξιῶσις (empleada en el texto tucidídeo) significa “valoración/evaluación/apreciación/estimación” y nunca “sentido” o “significado” (como prefieren una mayoría de traductores); se trata de la *valoración* de los actos denotados por las palabras y no de su significado. Enseguida, esta valoración es “intercambiada” por la retórica de las facciones enfrentadas, de modo que la “audacia irracional” (τόλμα ἀλόγιστος) pasó a tenerse por “valentía al servicio de los camaradas” (ἀνδρεία φιλέταιρος), etc. El punto para RT es que lo que se intercambiaba era los referentes de los nombres, que seguían asociados a una determinada carga valorativa y emocional (lo que llama “la alternativa *a*”), no que la valentía, por ej., hubiese cambiado de significado. Muri lo llamó *metonomasia*, un fenómeno que nuestro autor observa también en la política chilena y en el lenguaje eufemístico “políticamente correcto”.

Digamos, para terminar, que un atractivo no menor de la obra de RT reside en su prosa amable, salpicada de ironías simpáticas hacia los pares académicos y no tan simpáticas hacia los moralistas que quisieran que Tucídides se subiera al púlpito y lanzara inectivas contra la maldad de los hombres. Los clasicistas dirán si se sienten tocados.

ERWIN ROBERTSON  
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación